

## In memoriam Juan Hernández Andreu

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.103582>

Texto leído en el homenaje del 24 de junio de 2025 en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid

Gabriel Tortella Casares

Queridos amigos y amigas.

Siento mucho no poder estar con vosotros recordando a nuestro común y querido amigo Juan Hernández Andreu, pero el cambio de fecha de este homenaje ha hecho mi asistencia imposible. No estoy hoy físicamente en Madrid, es cierto, pero sí lo estoy con el corazón, y por eso os envío estas páginas, para contribuir a evocar el recuerdo de Juan, una persona, un amigo con el que compartí tantas horas de trabajo y también de ocio, pero de ocio ilustrado y, además, con una especial nota familiar.

Si no recuerdo mal, conocí a Juan allá por 1975, recién llegado yo de Estados Unidos a incorporarme a mi puesto de profesor agregado (figura académica desaparecida que podríamos definir como “catedrático junior”) recién ganadas unas oposiciones en la Universidad Complutense, donde yo me había doctorado años atrás, cuando era conocida como Universidad Central de Madrid. Entre los profesores que conocí por entonces, casi todos ellos jóvenes no numerarios, destacaba Juan, que acababa de asumir el puesto de profesor adjunto (hoy titular). Tenía un despacho muy cercano, creo recordar que contiguo al mío, y a poco de llegar yo y empezar a instalarme, llamó Juan a la puerta a darme la bienvenida. Inmediatamente entablamos conversación: me preguntó sobre mis experiencias en América, me contó sobre los demás colegas de la Complutense, sobre su tesis, sus intereses, hablamos también de los míos, y pronto caímos en la cuenta de que éramos parientes lejanos, porque mi padre tenía antepasados baleares, mallorquines y menorquines, y mi familia había pasado temporadas en Menorca con los parientes de mi padre, entre los que se contaba un tío de Juan que era primo lejano e íntimo amigo de mi padre desde sus respectivas juventudes. Yo también conocí a este tío, que era casi totalmente tocayo de Juan excepto que su segundo apellido era Mora, no Andreu. Era un hombre muy notable, el tío preferido de Juan, y estuvimos largo rato hablando de él. Más adelante me referiré a él de nuevo.

La amistad que trabamos aquel día Juan y yo ha durado hasta su lamentable fallecimiento. Juan era una gran persona, noble, generoso, sin dobleces, con una fuerte vocación intelectual y universitaria que no le abandonó nunca. La figura y cualidades de Juan siempre me recordaron aquel verso de Antonio Machado, en que el poeta se define a sí mismo:

“soy, en el buen sentido de la palabra, bueno”. Exactamente lo mismo podía decirse de Juan Hernández Andreu.

No pretendo hacer aquí una biografía humana y científica como merecería Juan. Quizá más adelante. En este simple y breve testimonio de mi aprecio y de mi amistad, voy a centrarme concisamente en tres temas: 1) algunos aspectos de su obra científica; 2) someras consideraciones sobre su papel de intermediario intelectual y cultural entre Menorca y Madrid; 3) comentario sobre uno de sus últimos libros, el dedicado a su tío, Juan Hernández Mora, y a la guerra civil en Menorca.

Aunque la tesis doctoral de Juan versó sobre el político y hacendista de tiempos de Fernando VII Martín de Garay, figura muy importante, sobre todo porque fue un pionero en la tarea de modernizar la arcaica Hacienda Pública española de aquel tiempo, pronto quedó claro que el período de la historia de España que más atraía el interés de Juan era el siglo XX, con especial atención a los agitados años Treinta. Su primera publicación en este campo es un artículo de 1976 en *Información Comercial Española*, y ya nunca abandonaría su interés por el tema, sobre el que publicó numerosos artículos y libros a lo largo de su vida.

Su primer libro sobre el tema fue el titulado *Depresión económica en España, 1925-1934*, publicado en 1980 y que fue seguido por numerosas otras publicaciones relacionadas a lo largo de su prolongada carrera científica. Resumiendo mucho, yo creo que la principal aportación de Juan en esta cuestión fue una observación muy sencilla, pero de gran calado. Hasta que entró Juan en la materia, había predominado la opinión de que la economía española apenas se había visto afectada por la Gran Depresión Mundial de 1929-1939. Esta opinión estaba sustentada sobre todo en un trabajo del Servicio de Estudios del Banco de España, publicado en esa época, que sostenía que la economía española estaba muy cerrada al exterior y por tanto no se había resentido tanto de la depresión como otras economías más evolucionadas y abiertas al comercio exterior. En mi opinión este trabajo del Banco de España, basado en un buen acopio estadístico, estaba bien fundamentado, pero era incompleto. Tenía datos de comercio exterior, por ejemplo, pero no de balanza de pagos completa ni estadísticas de empleo.

Otros estudiosos que trabajaron sobre el tema añadieron datos y matices, pero no cuestionaron las conclusiones del Banco de España. Lo malo fue que algunos historiadores políticos montaron sobre estas conclusiones económicas algunos extraños corolarios. El que me parece más extravagante es

el que deducía de los datos económicos una condenación del golpe militar de Julio de 1936, porque en España no habría habido ni crisis económica ni, por lo tanto, tensión social, que justificaran el alzamiento. Esta tesis era absurda por varias razones: en primer lugar, un alzamiento militar raramente está justificado, y desde luego, no lo está por una depresión económica. En segundo lugar, si el alzamiento militar del 36 no estaba justificado, aún menos lo estuvo la frustrada “revolución” política de Octubre de 1934, que, para una parte de la opinión, legitimó el alzamiento de 1936. En resumidas cuentas, independientemente de la situación económica, en la España de aquellos años sí se dio una fuerte tensión político-social. En este contexto se sitúa la investigación de Juan Hernández Andreu, que aportó nuevos datos económicos que sí parecían indicar un mayor impacto de la Gran Depresión sobre la economía española de lo que se había venido diciendo. En particular, por ejemplo, el propio sector bancario, que a un observador superficial hubiera podido parecerle un ejemplo de resiliencia e inmunidad a la crisis, estudiado con mayor atención, mostraba una fuerte caída de la actividad y de los resultados, aunque apenas se dieran suspensiones de pagos. Y en la agricultura, aunque las cosechas de 1932 y 1934 hubieran sido abundantes, se arrastraba desde el decenio anterior una depresión larvada que afectó gravemente al empleo campesino. La aportación de Juan, por tanto, cuestionó seriamente una interpretación simplista del informe del Banco de España y los corolarios políticos que sobre ella se habían construido, contribuyendo así a una mejor comprensión de un período tan turbulento y crucial.

Juan era menorquín de cepa, de estirpe, amaba su isla y estaba orgulloso de ella. Debo decir que mi padre, barcelonés, había pasado parte de su infancia y juventud en Menorca y se sentía también, al menos en parte, menorquín. En casa contaba a menudo historias de su juventud y de sus amigos y primos en Menorca que a mí y a mis hermanos nos hicieron amar también la isla. A ella viajamos a menudo y allí, casi en nuestra infancia, conocimos a nuestros parientes menorquines, entre ellos a Juan Hernández Mora, de quien luego hablaré algo más. La obra de Juan refleja tanto su amor a Menorca como su capacidad y su vocación de magisterio, porque, así como a José Luis García Ruiz Juan le contagió el interés por la economía española en los años Treinta, como se reflejó en sus tesis y gran parte de los trabajos posteriores de José Luis, a José María Ortiz-Villajos le transmitió su interés por la economía menorquina, lo que se ha plasmado en buena parte de los trabajos más recientes de José María y en el libro que Juan y José María publicaron recientemente (2023), titulado *De “holandeses del sur” a “Hong Kong del Mediterráneo: una historia económica de Menorca*.

La vocación universitaria de Juan era amplia: no sólo le gustaba investigar y enseñar, el núcleo duro de la vida universitaria, sino que todavía tenía tiempo y ganas para echar horas de trabajo administrativo, siempre que tal trabajo no fuera una mera rutina, sino que fuera útil para sus colegas y alumnos y para la comunidad universitaria en general. Ya mencioné el verso machadiano: Juan era bueno en el buen sentido de la palabra, es decir, su bondad era inteligente; su bondad no era la del pánfilo, sino la del duro y

exigente que espera rendimiento y productividad de su esfuerzo. Juan aceptó cargos académicos desde los que mejoró su departamento y su facultad. Las reformas que introdujo en la Biblioteca de la Facultad son acreedoras del agradecimiento de esta universidad, y, desde luego, aunque yo ya esté muy jubilado, también de mi agradecimiento. Esto seguro de que entre los que estáis hoy reunidos aquí hay muchos que recuerdan algún favor o beneficio que hayan recibido directa o indirectamente gracias a la labor incansable de Juan Hernández Andreu.

Fuera del ámbito estricto de la Universidad Juan acometió otra tarea que sin duda le agradecen también algunos de los aquí presentes: Juan dedicó mucho esfuerzo, durante muchos años, a conectar las dos comunidades que a él le eran más caras: la universitaria de Madrid y la intelectual de Mahón. Porque él, por ejemplo, fue presidente del Ateneo de Mahón, y se esforzó en llevar a su ciudad natal a los profesores y escritores del Madrid que él conocía para debatir temas de historia, de economía y de cultura. De esos encuentros nacieron amistades, inquietudes, vocaciones y numerosas publicaciones. También hay aquí hoy muchos que participaron en esos seminarios y que le están agradecidos porque, como buen maestro, sabía unir el deleite a la enseñanza.

Por último, quisiera hacer una referencia a uno de los últimos libros de Juan, que, quizá por no ser propiamente de historia económica, puede ser menos conocido entre sus colegas. Se titula *Juan Hernández Mora y la Guerra Civil en Mallorca* y fue publicado en 2018. En él se une la biografía de su tío Hernández Mora con el trasfondo de la guerra civil en la isla. Es un libro apasionante y aleccionador, entre otras cosas porque en él se narra la peripecia en el torbellino de la guerra de otro hombre bueno en el buen sentido de la palabra, porque en eso, desde luego, se parecían tío y sobrino. Hernández Mora era un hombre inteligente, erudito, bibliófilo, culto, curioso, y con ese humor socarrón tan catalán y tan balear. Sin duda fue uno de los ejemplos que siguió Juan Hernández Andreu desde su niñez. Y, para mí, a sus virtudes añadía un mérito extraordinario que yo aprecio especialmente: durante la guerra fue perseguido y maltratado por ambos bandos, tanto por los llamados nacionales como por los republicanos. Para mí, esas personas que sufrieron persecución de unos y de otros son los más admirables, porque en ambos bandos pulularon tantos elementos fanáticos y criminales que hacía falta ser muy recto y muy íntegro para no ceder ni a la vesania de los unos ni a la de los otros.

El caso de Hernández Mora fue paradigmático. Él era republicano, porque no estaba dispuesto a cometer o tolerar arbitrariedades o injusticias en nombre de la República. Como director del único Instituto de Enseñanza Media de la isla no estaba dispuesto a permitir que a los niños de las familias de clase media se les expulsara por el simple hecho de no ser “proletarios”. Ante su firmeza moral en defensa de sus alumnos, fue destituido del cargo por las autoridades republicanas, acusado de “tibieza republicana”, militarizado y enviado a un batallón de castigo. Todo ello no impidió que cuando, al final de la guerra, los “nacionales” tomaron posesión de la isla y emprendieron represalias contra los republica-

nos, tan radicales y violentas como los republicanos habían emprendido antes contra los “burgueses”, Hernández Mora fuera calificado de “peligroso por su cultura” y acusado de “auxilio a la rebelión”, figura penal inventada por los franquistas contra todos los que no se habían unido a ellos desde el comienzo de la guerra, y fuera condenado a seis años de cárcel, de los que cumplió dos en Barcelona. Finalmente,

tras salir de la cárcel, fue rehabilitado, ganó sus oposiciones a una cátedra de Instituto y volvió a dirigir el Instituto de Mahón. Yo sé que este hombre ejemplar, recto hasta el heroísmo, modelo de intelectuales independientes e íntegros, fue el maestro y el ejemplo admirado de su sobrino, Juan Hernández Andreu, al que todos lloramos y añoramos hoy, junto a Begoña, sus hijos y nietos.